

Nombrar el mar

El mar cimarrón. Conocimiento sobre el mar, la navegación y la pesca entre los Wayúu

WEILDLER GUERRA CURVELO
Museo Arqueológico Nacional de Aruba, Aruba, 2015, 117 págs., il.

LA CONSTRUCCIÓN social del espacio es un componente estructural de cualquier grupo humano y, por consiguiente, de cada uno de los miembros pertenecientes a dicho grupo. La praxis social es, simultáneamente, una praxis geográfica que construye y deconstruye permanentemente el espacio en el que se realiza y a los seres humanos que hacen parte de él. Nunca se actúa en el vacío, porque hasta el mínimo gesto del ser humano tiene su efecto sobre las infinitas redes del espacio-tiempo.

El antropólogo e historiador Weidler Guerra emprende un fascinante análisis sobre los pescadores wayúu de la península Guajira, denominados por sus coterráneos pastores como *apalaanchi* (gente del mar o playeros), en lengua *wayuunaiki*. La doble pertenencia del autor, tanto a la etnia wayúu, por nacimiento, como a la cultura occidentalizada, fruto de sus estudios y vida urbana, le permiten ser un verdadero anfibio cultural. Es decir, mirar una cultura desde su complejo interior y, al mismo tiempo, analizarla desde afuera con las herramientas del etnólogo: entrevistas, archivos, estudios comparativos, etcétera. Una inmersión comprensiva (*Verstehen*) muy difícil de alcanzar para otros investigadores sin vínculos con esa cultura.

La praxis económica de los *apalaanshi* con el mar se materializa en una compleja construcción socio-ambiental que se vuelve trascendente por medio de unas relaciones amistosas con los dueños de la naturaleza, a los que se les respeta y se les hacen ofrendas. Esa construcción se une a una minuciosa taxonomía de los espacios marítimos costeros en donde la gente de mar adelanta sus actividades. Igualmente, tal conocimiento se complementa con los saberes náuticos indispensables para la navegación, especialmente, los relacionados con la guía por medio de las estrellas del hemisferio norte y los

cambios estacionales en la dirección de los vientos. Seguramente, esos saberes se complementan con el seguimiento diario de las mareas y de los vientos terrales y mareales.

Los wayúu no son navegantes de altura, porque sus pequeñas embarcaciones de un solo palo no se lo permiten. Por eso, sienten un temor reverente hacia el mar cimarrón, o alta mar, “en donde gigantescas olas se encrespan y empieza un universo haliútico extraño, silencioso y deshabitado” [pág. 53]. Pero el concepto de mar cimarrón también se extiende hacia las zonas desconocidas, o poco conocidas, del mar costero, que el grupo no ha catalogado y que, por eso, representan zonas de peligro. “La *simaluma* (cimarrón) es propia de espacios no controlados totalmente por los humanos” [pág. 52]. La praxis continua de los pescadores crea, por lo tanto, espacios controlados o territorializados, en donde se establece una relación de confianza con las criaturas del mar que, como en el caso de las tortugas, llega a convertirse en un “coqueteo” alrededor de las barcas de los *apalaanshi*.

Si bien cada comunidad detenta un derecho adquirido sobre el espacio “territorializado”, en donde realiza prioritariamente sus labores de pesca, ello no significa una propiedad sobre tal espacio. El mar es libre y, en caso de necesidad, un grupo tiene el derecho de pescar en espacios manejados por otros grupos, pero teniendo la cortesía de solicitarles su aprobación. Sin embargo, el derecho tácito adquirido por un grupo sobre un espacio de pesca conlleva, también, el deber de no sobreexplotarlo y de protegerlo de los daños ambientales. Ello contrasta con las flotas pesqueras industriales, que arrasaron el litoral con redes barredoras sin ninguna consideración ambiental o social. Si bien, el rendimiento pesquero de tales flotas es inmensamente superior al de los pescadores wayúu, a corto, a mediano y largo plazo ello no es sostenible, porque están destruyendo los nichos reproductivos de peces y crustáceos y convirtiendo el mar en un desierto biológico.

El libro de Weidler Guerra es, simultáneamente, un bello análisis sobre la simbiosis entre los pescadores wayúu y el mar, así como un grito de

alerta sobre las graves consecuencias de utilizar los recursos pesqueros sin proteger el medio que les da vida. Aunque parezca extraño, los mares tropicales cálidos tienen muchas similitudes con la selva húmeda tropical; la más importante de ellas es la gran variedad de especies vegetales y animales que se encuentran en tales medios, pero también, la gran escasez de individuos para cada especie.

Por eso último, así como la tala de las maderas económicamente más valiosas de la selva produce un empobrecimiento generalizado de toda la biota, así también la pesca muy selectiva empobrece grandes regiones del mar tropical. Como corolario, podríamos preguntarnos: ¿qué derecho asiste a las compañías pesqueras para arrasar, con una sola pasada de sus redes, un nicho ecológico que surgió tras millones de años de evolución y que fue protegido por una cultura que invirtió miles de años conociéndolo y cuidándolo?

Camilo Domínguez Ossa